

“LA FABULA DEL AGUILUCHO”

Érase una vez un granjero que, mientras caminaba por el bosque, encontró un aguilucho malherido. Se lo llevó a su casa, lo curó y lo puso en su corral, donde pronto aprendió a comer la misma comida que los pollos y a comportarse como estos.

Un día, un naturalista que paseaba por allí le preguntó al granjero:

- ¿Por qué este águila, el rey de todas las aves y pájaros, permanece encerrado en el corral con los pollos?.

El granjero contestó:

- Me lo encontré malherido en el bosque, y como le he dado la misma comida que a los pollos y le he enseñado a ser como un pollo, no ha aprendido a volar. Se comporta como los pollos y por lo tanto no es un águila.

El naturalista dijo:

- El tuyo me parece un bello gesto, haberle recogido y haberle curado y cuidado. Además, le has dado la oportunidad de sobrevivir y le has proporcionado la compañía y el calor de los pollos del corral. Sin embargo, tiene corazón de águila y con toda seguridad, se le puede enseñar a volar. ¿Qué te parece si le ponemos en situación de hacerlo?.

El granjero contestó:

- No entiendo lo que me dices. Si hubiera querido volar lo hubiese hecho. Yo no se lo he impedido.

El naturalista dijo:

- Es verdad, tú no se lo has impedido, pero como tú muy bien decías antes, como le enseñaste a comportarse como los pollos, por eso no vuela. ¿Y si le enseñamos a volar como las águilas?.

El granjero contestó:

- ¿Por qué insistes tanto?. Mira, se comporta como los pollos y ya no es un águila, que le vamos a hacer. Hay cosas que no se pueden cambiar.

El naturalista dijo:

- Es verdad que en estos últimos meses se está comportando como los pollos, pero tengo la impresión de que te fijas demasiado en sus dificultades para volar. ¿Qué te parece si nos fijamos ahora en su corazón de águila y en sus posibilidades de volar?.

El granjero contestó:

- Tengo mis dudas, porque ¿qué es lo que cambia si en lugar de pensar en las dificultades, pensamos en las posibilidades?.

El naturalista dijo:

- Me parece una buena pregunta la que me haces. Si pensamos en las dificultades, es más probable que nos conformemos con su comportamiento actual. Pero ¿no crees que si pensamos en las posibilidades de volar esto nos invita a darle oportunidades y a probar si esas posibilidades se hacen efectivas?.

El granjero contestó:

- Es posible.

El naturalista dijo:

- ¿Qué te parece si probamos?.

El granjero contestó:

- Probemos.

Animado, el naturalista al día siguiente sacó al aguilucho del corral, lo cogió suavemente en sus brazos y lo llevó hasta una loma cercana. Le dijo:

- “Tu perteneces al cielo, no a la tierra. Abre tus alas y vuela. Puedes hacerlo.”

Estas palabras persuasivas no convencieron al aguilucho. Estaba confuso y al ver desde la loma a los pollos comiendo, se fue dando saltos a reunirse con ellos. Creyó que había perdido su capacidad de volar y tuvo miedo.

Sin desanimarse, al día siguiente, el naturalista llevó al aguilucho al tejado de la granja y le animó diciendo:

- “Eres un águila. Abre las alas y vuela. Puedes hacerlo.”

El aguilucho tuvo miedo de nuevo de sí mismo y de todo lo que le rodeaba. Nunca lo había contemplado desde aquella altura. Temblando, miró al naturalista y saltó una vez más hacia el corral.

Muy temprano, al día siguiente, el naturalista llevó al aguilucho a una elevada montaña. Una vez allí lo animó diciendo:

- “Eres un águila, abre las alas y vuela”.

El aguilucho miró fijamente los ojos del naturalista. Este, impresionado por aquella mirada, le dijo en voz baja y suavemente:

- “No me sorprende que tengas miedo. Es normal que lo tengas. Pero ya verás como vale la pena intentarlo: Podrás recorrer distancias enormes, jugar con el viento y conocer otros corazones de águila. Además estos días pasados, cuando saltabas pudiste comprobar, qué fuerza tienen tus alas”.

El aguilucho miró alrededor, abajo hacia el corral, y arriba, hacia el cielo. Entonces, el naturalista lo levantó hacia el sol y lo acarició suavemente. El aguilucho abrió lentamente las alas y finalmente con un grito triunfante, voló alejándose en el cielo. Había recuperado por fin sus posibilidades.

REFLEXIONES

El Naturalista de la fábula del Aguilucho, era un ecologista convencido y tenaz. Desde el mismo día que conoció al aguilucho y estableció relación con él, tuvo el convencimiento y la esperanza de que la comunicación entre los dos llegaría a ser efectiva. Por otra parte, tanto el granjero como todos aquellos que tuvieron conocimiento de lo que el naturalista había conseguido, expresaron un caluroso reconocimiento a su obra a favor de las águilas.

El naturalista aceptó el reto de cambiar el curso de la historia reciente del aguilucho y de infundirle resistencia hacia los factores adversos. Supo desafiar la indefensión, incluso el fatalismo del granjero. Decirle al propio naturalista “es así, qué le vamos a hacer, hay cosas que no se pueden cambiar” era en realidad empujarle a que no intentara el cambio. Supo inculcarle al aguilucho expectativas esperanzadoras, y le mantuvo así incentivado para intentarlo una y otra vez.

El naturalista tenía un gran sentido de eficacia personal, aunque no desconocía tampoco sus limitaciones. Pero quizá lo más decisivo era el **método y las habilidades que había aprendido a emplear**, sus recursos personales. Esto suponer escuchar las razones del granjero, expresar honestamente un abierto reconocimiento al bello gesto del granjero de haber invertido tiempo y energía en curar al aguilucho de sus heridas. Prestó la debida atención a sus objeciones y reconoció que, desde la perspectiva del granjero, eran consistentes. **Como deseaba el cambio, era exquisitamente sensible a las resistencias al cambio**. Quizá por eso pudo persuadir al granjero, vencer su escepticismo y contar con su apoyo.

Era el naturalista una persona persuasiva. Tenía sus objetivos, su voz y sus gestos firmes cuando instigaba al aguilucho a abrir las alas. Pero a la vez tenía el corazón suficientemente sensible para comprender el temblor y el miedo del aguilucho. Podía habérselo echado en cara, pero sabía que no era el método más indicado para amortiguarlo y mitigarlo.

Los primeros intentos del aguilucho fueron deficientes. Otra persona, ante esos intentos fallidos, hubiera visto en ellos la confirmación de los pronósticos pesimistas del granjero y hubiera desistido. Pero el naturalista era además tolerante. No era un **objetivo que se pudiera alcanzar de un día para otro pero ni invirtió mucho tiempo en lamentarse de los fracasos de los primeros ensayos**, y pensó que si el aguilucho había sido capaz de aprender a comportarse como un pollo siendo en realidad otra ave, también era competente, quizá con más razón, para aprender a volar. Era cuestión de probar y persistir en el intento. Para animarle al aguilucho a proseguir, le habló de los placeres que disfrutaban las águilas cuando vuelan, hizo mucho énfasis en sus expectativas, cortas pero efectivas, de vuelo en sus saltos hacia el corral, y cosa

muy importante, le ofreció el aliento de sus palabras cálidas y el apoyo de sus suaves caricias.

Pero el naturalista, sabía que el despliegue de todos esos recursos y habilidades habría sido estéril si se hubiera hecho dentro del corral. Desde el primer momento, entendió que había que cambiar de escenario, **rediseñar el entorno y acondicionar un escenario propicio para el aprendizaje de la habilidad** de volar. Por eso le sacó del corral y le llevó a los espacios abiertos y a las altas montañas.

Cuando el naturalista vio por fin como el aguilucho se alejaba triunfante, apoyado en la autonomía de sus alas, no pudo reprimir un sentimiento de tristeza por la separación, pero experimentó quizá otro sentimiento más fuerte, la satisfacción de comprobar que la comunicación con el aguilucho había sido efectiva y competente para si mismo y para muchas otras águilas.